

Francisco Durán

Agarrando la vara en Nicaragua: masculinidades en vigilancia y (de) construcción

Resumen: *Reflexión sobre las masculinidades en la cultura nicaragüense realizada desde el enfoque de la teoría crítica de género, el presente ensayo apunta a la violencia sexual como el resultado de una socialización que hace de los varones victimarios de los que luego la sociedad se desentiende. La propuesta es la de profundizar la problematización del género frente al automatismo con que se ha ideologizado el discurso igualitario.*

Palabras claves: *Masculinidades. Violencia sexual. Castración política. Enfoque relacional.*

Abstract: *This paper is a reflection on masculinities in Nicaraguan culture made from the point of view of gender critical theory. This paper aims to conceive sexual violence as a result of socialization that makes men perpetrators which society next ignores. Our proposal is to deepen the gender query, against the automation of egalitarian ideological discourse.*

Keywords: *Masculinities. Sexual Violence. Political Castration. Relational Approach.*

1. Panorámica

Los estudios sobre género tienen una deuda pendiente con los estudios de las masculinidades. Toda vez que al hablar de género se piensa *automáticamente* en organizaciones de mujeres o en el repartimiento de las cuotas de poder en las instituciones, es decir, en el proceso de dar un rostro más *polite* al patriarcado, se incumple

el objetivo de la teoría de género de ser un enfoque crítico que aporte realmente a la equidad de hombres y mujeres. Me llamó la atención uno de los mensajes publicitarios de uno de los partidos tradicionales de Nicaragua. Decía: “El PLC (partido de la derecha) se moderniza: equidad de género”. Se trata, en efecto, de una campaña dirigida a hacer más políticamente correcta la percepción pública de uno de los grupos políticos que se han caracterizado por su carácter fundamentalmente machista.

Desde el oficialismo la cosa no es tan diferente. La participación de la mujer en el gobierno sandinista es también entendida, en muchos casos, como una simple repartición equitativa del poder y eso ha llevado en muchos casos al nombramiento (al “dedazo”) de mujeres en cargos públicos, con la única finalidad de dar un mensaje de igualdad (el “dedazo” es, en primer lugar, un mecanismo usual de designación de los hombres, es decir, un mecanismo patriarcal). Así, en todos estos discursos, la masculinidad, objetivada en el patriarcado, es la tesis que hay que negar. Esta “dialéctica” ha llevado a un “ocultamiento” (una castración pública) de la masculinidad en que esta se da por sentado o se rehúye como principio de represión, y eso, incluso, en los ambientes académicos. Los mismos varones hemos “agarrado la vara” (que, en el lenguaje popular nicaragüense significa “creerse el cuento”) tanto del discurso patriarcal como del *oenegecista* (que muchas veces no es más que un patriarcalismo bien-pensante), y del feminismo de Estado, pero no nos hemos visto al espejo de nuestra autorreflexión.

2. El estudio de las masculinidades

La reflexión acerca de las masculinidades, hay que recordarlo, inició con las teóricas feministas. “A principios del siglo XXI, las teóricas feministas revisan las masculinidades con ojos de mujer. Pero esto tiene consecuencias indeseables, porque esa mirada excluye el punto de vista de los hombres. El desarrollo de una mirada autónoma y crítica de los hombres sobre sí mismos está por construir. No existe un movimiento social amplio e interclasista (análogo al movimiento feminista) que se encargue de ello” (Guash, 2006, 16-17). En ese sentido, este modesto comentario tiene como objetivo contribuir a la construcción de esa mirada autocrítica y a la consecución de la equidad de género que necesariamente debe superar las sutiles discriminaciones que sufrimos los varones de parte del sistema patriarcal que incluye también el llamado “feminismo de Estado” (ibídem, 18-19).

Los jóvenes de mi generación crecimos con los eslóganes de las oenegés de los años noventa metidos en la cabeza, en los cuales muchas veces el hombre aparece como el agresor del que hay que escapar, como el represor o el poderoso que hay que derrocar. Por supuesto, no niego que, sobre todo en mi país, la cultura violenta se expresa, principalmente, en los innumerables casos de mujeres agredidas e incluso asesinadas por sus compañeros sexuales, al punto de que ha sido necesaria la aprobación de una *Ley integral contra la violencia hacia las mujeres*, la tan controvertida Ley 779.

Tuve la oportunidad de convivir con hombres privados de libertad y acusados según esta Ley, en la mayoría de casos por lesiones graves y violencia psicológica. En todos esos casos comprobé que existe una objetivación extrema del cuerpo de las mujeres, que lleva a los hombres a (1) sentir la necesidad de evaluar su figura con respecto a sus propios impulsos sexuales; (2) obligarlas a través de la voz a que actúen conforme con esos propios deseos y (3) descalificarlas como objetos usados, ya sea que la mujer en concreto acceda a ese juego violento o no. Evidentemente esto se hace de manera pública, frente a otros varones: la forma más visible de este comportamiento es

el acoso callejero. De manera que, sí, las mujeres son atacadas continuamente, a causa de la violencia sexista de muchos hombres. Se hizo necesario solucionar este problema de seguridad y salud pública mediante leyes especiales; sin embargo, es un problema que no se resuelve, como se ha visto, solo con multiplicar las páginas del *Código Penal*. Necesitamos cambiar todo el sistema de socialización masculina.

Explicar algo no quiere decir justificarlo, y no creo necesario aclarar que ningún tipo de violencia pueda serlo. Pues bien: en el pensamiento de muchos hombres de mi país y de la región el “tener” una “jaña” (mujer) incluye el deber de mantenerla económicamente (uno de mis compañeros de celda decía: “Sí, la golpeé, pero en la casa no le faltaba de nada”), de cuidarla y de “matarla” (que quiere decir ‘hacerle el amor’, nótese la relación violenta en el lenguaje) cuando ella lo necesite (lo cual es siempre entendido como hacerle un favor a la parte pasiva). Si un hombre no cumple con todos estos roles, se atiene a ser tachado de ‘cochón’ (el equivalente nicaragüense del ‘playo’ costarricense), perdiendo las prerrogativas de la masculinidad hegemónica.

Recientemente (25 de agosto), una colega de mi compañero fue encontrada muerta en unos cañaverales, con sus atuendos de enfermera ensangrentados. Cuando fue entrevistado el feminista, y las reporteras y reporteros le preguntaron los motivos de su actuación confesa, se refirió a una supuesta infidelidad de la víctima y cómo los celos y la posesividad lo llevaron a cometer este crimen. De nuevo, sin tratar de justificar lo injustificable, solo debo recordar, para llevar adelante la ejemplificación, que este tipo de comportamientos es inculcado en los niños de mi país a través de la socialización de género, cuando se les dice que no deben dejarse pegar y se idealiza al hombre violento y promiscuo como el prototipo del macho. Lamentablemente, en muchas familias nicaragüenses el método pedagógico más utilizado aún es el “varejón”. Muchos extranjeros se escandalizan de cómo la violencia a los niños está tan socialmente extendida (y no solo entre las clases populares) en Nicaragua. Pero cuando el Estado castiga a los hombres, los castiga individualmente, y no a la sociedad entera que nos hace violentos.

Este es un buen momento para que recordemos en qué sentido la masculinidad (hegemónica) es una forma de género, es decir, de comportamiento condicionado socialmente. La masculinidad, a diferencia de la feminidad, más ligada –según el discurso biologicista– a los aspectos reproductivos de la mujer, es una condición difícil de mantener y fácil de perder. Guash (2006) tiene, en ese sentido, unos párrafos muy elocuentes:

La masculinidad forma parte de un relato mítico mediante el cual se ofrece a los hombres la tierra prometida (en forma de reconocimiento social) siempre y cuando se adecúen a las normas de género que les corresponden [...]. La masculinidad implica sufrimientos, esfuerzos, renunciaciones y negaciones. También fuerza a asumir riesgos para probar ante el resto de los varones que se merece conservar el estatus de *hombre de verdad* y el reconocimiento social que comporta (15).

En el libro *Héroes, científicos, heterosexuales y gays: los varones en perspectiva de género*, Guash analiza los relatos asumidos por la masculinidad para sostener los roles de género, desde la heroicidad pasando por el rol del científico, del sabio y del inventor, hasta llegar a los roles (más contemporáneos) de heterosexual y de homosexual. Cuestionar todos estos roles que debieran sustentar la masculinidad es un tanto difícil en sociedades tradicionales –como supuestamente es la sociedad nicaragüense–, especialmente por la influencia decisiva del fundamentalismo religioso y político y el retraso educativo, pero tiene lugar, de hecho, por el inevitable contacto con otras formas culturales a través de la globalización tecnológica. Puede ser que un adolescente, en estos días, no tenga reparo en darle un beso a su compañero (porque está de moda el ser “gay friendly”) y no tenga reparos en tener un afiche de Cristiano Ronaldo semidesnudo en la pared de su cuarto, pero es muy probable que, si su novia no accede a tener relaciones con él, se sienta muy frustrado ante sus *partners*, y llegue a violentarla usando drogas o bebidas alcohólicas.

Efectivamente, las Tecnologías de la Información y la Comunicación ponen a la vista formas de comportamiento de los varones en otras latitudes que por lo menos cuestionan los ideales

de los varones en sociedades tradicionales, como la nicaragüense. Si en otro tiempo el ideal social máximo del hombre era el médico (y quizá el sacerdote), en estos dorados tiempos es el actor porno o el jugador del Barça, es decir, prototipos de “hombres” que no necesariamente se ven a sí mismos desde los ojos de las mujeres, sino desde la mirada vigilante de otros varones.

Podríamos pensar que la sexualidad se ha liberado y que tenemos la oportunidad de diluir los roles tradicionales de los hombres en formas más lúdicas y revolucionarias, pero lo que ha sucedido, en la mayoría de los casos, es que las tecnologías han volatilizado las expresiones sexuales y han contribuido a la genitalización y a la objetivación de los cuerpos de las mujeres y también de los mismos varones. Como parte de la dinámica del sistema económico, y siguiendo el análisis marciano, el principio de la realidad impone sus restricciones a la sexualidad de una forma muy sutil, haciendo que las restricciones se rompan pero solo en momentos breves, de forma privada, de tal manera que no comprometan la productividad, ligando la felicidad, incluso erótica, con la idea de posesión (de cosas, de personas). Y sobre todo para los hombres, la felicidad, que debería ser el bien cultural más valioso, tiende a cosificarse en bienes tecnológicos y/o motorizados.

Sin menospreciar el impacto positivo que en todo caso tienen el deporte y la vida activa sobre la vida de las personas, hemos de decir que la vigorexia se ha convertido en un desorden de la autopercepción socialmente aceptado y remunerado económicamente, a pesar de que, en muchas ocasiones, signifique la renuncia al reposo natural de los músculos y una vida social que no gire en torno de metabólicos y energizantes (tengo un alumno que diría que mi percepción acerca de los metabolizantes está condicionada por mi tendencia sedentaria, y que la vigorexia se da en muy pocos casos, pero el peligro, para los varones, radica en que sería una distorsión de la autoimagen socialmente aceptada y retribuida). De cualquier forma el cuerpo, que es el ámbito político más próximo, tiende a ser objetivado conscientemente de tal forma que no se ve como un bien público llamado a servir a la comunidad, sino solamente a los intereses consumistas del sistema.

3. El nica vigilante

Llama la atención el fenómeno de la multiplicación de las empresas de seguridad en Nicaragua, muchas de ellas fundadas y dirigidas por exmilitares afines al gobierno sandinista, con el noble fin de reducir el nivel de desempleo y generar riquezas a partir de la necesidad de seguridad de las zonas residenciales suburbanas y de los centros y establecimientos comerciales: también en Costa Rica muchos de los vigilantes son nicaragüenses. Aunque no hay nada que se lo impida a las mujeres, lo cierto es que la mayoría, si no todos, los empleados en estas empresas son varones. En efecto, los hombres cumplen fácilmente el rol de vigilantes, porque quizá se asocia la figura masculina uniformada con el orden, la seguridad y el militarismo (sobre todo cuando ostentan un símbolo fálico como arma).

El éxito del panoptismo, como señala Foucault, estriba en que no solo las instituciones estatales sean eficientes en la persecución de lo diverso, sino en que los observados interioricen el ojo observador (lo que, en términos freudianos, constituiría el superyó). En el caso de los varones la interiorización del rol de vigilantes nos ha hecho más propensos a vivir pendientes de lo que sucede a nuestro alrededor, a vigilar el comportamiento de los demás, a tener una vida *exódica* (recuerdo acá los ensayos de Pablo Antonio Cuadra en las descripciones que hace del nicaragüense) mientras descuidamos la atención a nuestra propia subjetividad. Y en estos tiempos, en que gracias a la tecnología, la vigilancia nos puede seguir incluso al cuarto de baño, y tiene niveles globales, no es de extrañar que los jóvenes de mi generación caigamos en la tentación del control y el *stalkeo*, o bien busquemos formas nuevas de vivencia de la sexualidad burlando las seguridades del sistema.

4. Hombres castrados públicamente

Los varones sufrimos formas sutiles de discriminación toda vez que se nos idealiza como sátiros compulsivos. A un estudiante varón en Managua se le dificulta encontrar un cuarto de alquiler, porque los anuncios en los clasificados

son muy directos al decir: “Se alquilan cuartos a señoritas”, pues claro está que, según la mentalidad generalizada, los varones somos “por naturaleza” ruidosos, irresponsables, sucios e hipersexuados. De tal manera que, para poder sobrevivir en una sociedad castradora y falofóbica los varones nos vemos obligados a arrancarnos el pene simbólicamente y mostrarnos como seres asexuados. Así, la sexualidad masculina, políticamente incorrecta, solo debe ser ejercida de forma privadísima, solipsista, lo cual conduce a que el discurso político ejerza poca o nula influencia en la práctica de la sexualidad.

Es cierto: el simbolismo freudiano de la castración quizá no venga al caso en una ponencia sobre la vivencia de la masculinidad en un país centroamericano en especial, pero el temor subconsciente que, según Freud (y Arango), hace que los varones se sometan a la ley solamente de forma diplomática, es decir, no interiorizando el mensaje de equidad y de libertad de los cuerpos, sino el del temor al Estado (el Viejo Padre de la horda primitiva), resulta en explosiones que violencia causadas por una sexualidad no educada y fuertemente reprimida:

[L]a amenaza de castración es, como mucho, tan sólo una expresión local de la limitación global de la condición humana, que es la de la finitud, experimentada en toda una serie de constricciones (la existencia de otras personas que limitan nuestra libertad, nuestra mortalidad, y también la necesidad de ‘escoger el propio sexo’) (Žižek, 2006, 105).

Después de escribir el último párrafo participé en un Curso Avanzado de Género y Política en el cual me enfrenté realmente al problema de mi machismo subconsciente y al problema del “feminismo de Estado” del que habla Guash. Para mí este problema no radica en que los hombres y las mujeres tengamos iguales derechos, y en que debamos luchar por la equidad de género (lo cual está fuera de duda), sino en que toda vez que este discurso se ha vuelto “políticamente correcto” se ha pasado a asumir de forma automática.

Las mujeres no se han abierto paso en el ámbito público –esto es, en todos los ámbitos– de forma amistosa; no hemos de olvidar la lucha

histórica de todas las mujeres que se enfrentaron al sistema, siendo las pioneras en las luchas de reivindicación de sus derechos en el ámbito laboral, deportivo, artístico, etc.; pero tampoco hay que olvidar a todos aquellos varones que no han visto a las mujeres como competidoras ni como objetos ni como víctimas, sino que se han dejado tomar de la mano para luchar con ellas y mirar hacia el futuro (la imagen es de Žižek, que no habla en esta ocasión, del discurso feminista, pero que cuando lo hace subraya su papel ideológico). Toda vez que para los hombres la categoría de género es invisible, como para los blancos la raza, es siempre útil cuestionar(se), como germen de un proceso deconstructivo, los obstáculos que se interponen a la conquista efectiva de la equidad de género. Frente al automatismo, la problematización.

La propuesta de este breve análisis consistiría, pues, en la superación del dualismo ético, propio de la Modernidad, que ha roto el vínculo entre ética y política (cf. José Luis del Barco en Spaemann, 1991, 15) y un enfoque relacional en el estudio de las manifestaciones de género. Para eso hace falta una pedagogía de la libertad que, a través de la ejemplaridad, proponga nuevas figuras ideales de la masculinidad que no estén determinadas ni por la violencia ni por la imposición ni por la competencia.

El enfoque relacional de los feminismos indígenas nos recuerda que la superación del sexismo sólo es posible en un diálogo político que integre dentro de la comunidad los procesos deconstructivos y educativos de todas las personas

involucradas. En Nicaragua, cuando una persona “agarra la vara” termina burlada, engañada o ridiculizada. La propuesta de este modesto ensayo sería que los que hemos agarrado la vara del discurso patriarcal bienpensante no nos quedemos paralizados en el desengaño, sino que, por lo menos, hagamos todo lo humanamente posible para no pasar el testamento machista de manera consciente o inconsciente.

Referencias

- Arango, A. (2010). *Don Juan II: El varón castrado*. Santa Fe: ACA Ediciones.
- Guasch, O. (2006). *Héroes, científicos, heterosexuales y gays: los varones en perspectiva de género*. Barcelona: Edicions Bellatera.
- Marcuse, H. (1983). *Eros y civilización*. Madrid: SARPRES.
- Spaemann, R. (1991). *Felicidad y benevolencia*. Madrid: Ediciones RIALP.
- Žižek, S. (2006). *Órganos sin cuerpo: Sobre Deleuze y consecuencias*. Valencia: Pre-textos.

Francisco Durán (fcodurand@gmail.com).
Docente e investigador de la Universidad Centroamericana (UCA). Docente e investigador de la Universidad Teológica de América Central (UTAC).

Recibido: el miércoles 16 de diciembre de 2015.
Aprobado: el lunes 4 de enero de 2016.

